

todo, é se juntaron donde estaban ya, doçe, é llegado Çenteno le entregó Diego Álvarez la bandera, como á su capitan general. É luego començó Çenteno á despachar cartas á quien le paresció por la comarca, é aunque de todas partes avia dañados tiranos, le acudieron algunos amigos brèveemente, é llegó el número de aquellos leales á quarenta hombres; é antes que partiessen, dió aviso con su carta Diego Çenteno á Hernando de Silva, vecino de Arequipa, como á servidor de Su Magestad, para que con sus amigos alçassen bandera por el Rey, como buenos é leales hijosdalgo, con todas las buenas palabras que supo escribir, porque estando Hernando de Silva en nombre de Su Magestad tenia el Çenteno las espaldas seguras por aquella parte, é dióle á entender qué yba allá. É fecho esto, tomó la via del Cuzco, é porque les faltaban armas, hiço parar la compañía en un pueblo, é hiço á los indios haçer astas de los palos que hallaban en casas que desbarataban para ello, é poner cuchillos é dagas en las puntas para servir de lanças, con la mayor diligencia que se pudo haçer, é caminó luego á doçe ó quinze leguas cada dia hasta llegar al Cuzco. É antes que fuessé de noche, hiço haçer alto, como agora se usa á la italiana ó francesa, ó mejor diciendo en nuestro romance, pararon; é dió Çenteno la órden que avian de tener en la entrada, sin ser sentidos, é híçoles un raçonamiento, como buen capitan, exhortando su gente al servicio de Dios é de Su Magestad, trayéndoles á la memoria la gloria de la lealtad en que se ocupaban, é acordándoles el mal nombre é opinion del mundo todo contra los desleales. É porque les paresció ser imposible entrar, sin ser sentidos en la cibdad, escribió cartas al teniente de allí y á los obispos del Cuzco é Quito, que á essa saçon allí se hallaron, dándoles á entender su buena demanda é sancto ge-

lo é deliberacion con que venian, que era reducir aquella cibdad al servicio del Emperador é morir en la demanda. É detuviéronse tanto las cartas que no llegaron á tiempo que pudiesen ser vistas: é despues que les ovo dicho Çenteno lo que convenia, animando sus milites, puestos á una legua del Cuzco, quatro horas antes que amanesciesse, con una luna bien clara, vispera de Corpus Chripsti, se apearon de sus caballos é les quitaron los frenos é los dexaron allí, porque ninguno tuviesse respecto más de á vencer ó morir, é se hincaron de rodillas é híçieron su oracion encomendándose á Dios é á su gloriosa Madre; é tomándola por abogada, començaron á caminar, é llegaron á la cibdad del Cuzco dos horas antes que fuesse de dia: é no pudieron tomar la gente de la cibdad tan descuydada; porque como estaban haçiendo gente para Gonçalo Piçarro é tenian ya hechos quinientos hombres, tenian espías por los caminos é supieron cómo yban, y estaban á pique é pertrechados los de dentro. É juntáronse aquella noche en la plaça en dos esquadrones trescientos hombres de pié é de caballo; pero no sabiendo certificarmente el número de los que yban: los quales llegaron á la plaça con mucha órden, donde los trescientos estaban, llevando la Madre de Dios delante, é diciendo: «Çéssar, Çéssar» en su apellido. Con grande ímpetu é osadia dieron en la gente de Piçarro, é aunque hirieron muchos de los de Çenteno y mataron á un caballero, llamado Alonso Perez Desquivel, é al general Çenteno le dieron dos heridas é cayó en tierra, fué Dios servido que quedasse vencedor, é que los contrarios volviessen las espaldas; é de los piçarras quedaron cinco muertos é otros muchos heridos, é desta manera diciendo: «Victoria é Carlos». Salieron los obispos del Cuzco é Quito é otras personas servidores de Sus Magestades que en la cibdad

avia, los quales é los obispos, de parte de Su Magestad Çessárea é del capitan Çenteno, entendieron luego en asegurar é atraer los vecinos é la gente al servicio de Sus Magestades: á la qual saçon avian venido cartas de Gonçalo Piçarro para que le llevassen gente, porque decian que estaba en la tierra el presidente de Su Magestad que le avia tomado el armada en Panamá; y esta nueva fué mucha causa para que juntamente con la venida del dicho Çenteno, que era amigo de antes de los de aquella cibdad, é le tenian por hombre de verdad é que compliria su palabra, fueron todos juntos, sin faltar ninguno aquella mañana á le dar la obediencia como á capitan por Su Magestad. El qual les quitó las armas é las hiço guardar, é hiço juntar la justicia é regimiento á cabildo, é quitó las varas é cargos que tenian é púsolos en nombre de Su Magestad; é luego le nombraron por capitan general é justicia mayor, en tanto que Sus Magestades otra cosa proveyessen, ó su presidenté en su real nombre.

Estando las cosas en este estado, subçedió que un Antonio de Robles que á la saçon allí avia ydo por capitan de Gonçalo Piçarro, para le llevar dineros é la gente que dicho, dixo ciertas palabras, y estando ya vencido é trabaxando Çenteno de le atraer á que sirviesse á Su Magestad, començó á andar desasosegado; é cómo el tiempo requeria que no se disimulassen algunas cosas, mandó Çenteno prender é híçole cortar la cabeça. Este Antonio de Robles es el que la historia ha contado que quitó la mayor parte de las barbas al visorey, para las mostrar en Lima, al tiempo que lo mataron.

En este tiempo, como la carta de Çenteno llegó á Arequipa, é andaba la gente alterada con la venida del presidente de la Gasca, é desseosos que se le abriessé camino para le servir, mediante la buena maña de Hernando de Silva é aquel Miguel

Cornejo que á Çenteno tuvo escondido, é la solicitud de Miguel de Vergara é Johan Dervás, vecinos de aquella cibdad, concertaron que al tiempo que se saliessen para Lima de prender al teniente de Gonçalo Piçarro é alçar banderas por Sus Magestades. É assi lo híçieron, y enviaron un mensajero á Çenteno, sin saber adónde estaba, para que fuesse á tomar cargo de aquella gente, como antiguo é cierto servidor de Su Magestad; é sabido que estaba en el Cuzco, luego se pusieron en arma é se aderesçaron para se juntar con él. Sabido esto, despachó luego Çenteno con indios al presidente de la Gasca, dándole particular cuenta de todo lo subçedido, para que le enviassé á mandar lo que avia de haçer, y entretanto allegó toda la gente que pudo é aderesçóse de armas é municiones, y escribió muchas cartas á diversas partes, convocando á los amigos y exhortándolos á haçer lo que debian. Y paresciéndole que todo lo hecho era poco, si antes que fuesse á servir al presidente no dexaba lo del Cuzco arriba por Sus Magestades, acordó de yr á los Chalcas; é primero que saliesse envió mensajeros al capitan Alonso de Mendoça, requiriéndole que híçiesse lo que al servicio de Su Magestad convenia, é haciéndole saber las nuevas que en la tierra avia, é que la voluntad de Çéssar era que Gonçalo Piçarro no gobernasse. É luego trás los mensajeros, dentro de veynete dias despues que avia entrado en el Cuzco Çenteno, salió con quatrocientos hombres, todos encabalgados é muy bien aderesçados; é fué por sus jornadas hasta çinquenta leguas del Cuzco, donde le salió al camino la gente de Arequipa con más de çiento é çinquenta hombres bien en órden de armas y de lo demás, é con grand voluntad de servir al Rey: los quales se metieron debaxo de la bandera real, é allí se juntaron otros hasta çinquenta de aquellas comarcas: assi que ya

eran en todos seyscientos hombres. É desde allí hizo otro mensajero al dicho Alonso de Mendoça, persuadiéndole á que liçiesse lo que á buen servidor é leal de su Rey debia haçer: el qual, como ya estaba informado de lo acaesçido en el Cuzco, é como çeloso del serviçio de Su Magestad, tenia ya hechos tresçientos soldados, é con ellos se fué á juntar con Çenteno, é se puso debaxo del estandarte real, é le dió la obediencia como á su capitan general.

Estando las cosas en estos términos, llegó un mensajero del presidente con cartas para todos los veçinos de la tierra y el traslado de las provisiones é poderes suyos, é las merçedes é perdones que Su Magestad por su real clemencia á todos haçia, é la fecha desta carta, é tres indios eran de Panamá, sin saber que Diego Çenteno fuesse vivo. É cómo la gente estaba algo çahareña por los casos é delictos passados, se holgó é regocijó mucho con tan grandes nuevas, é le animaron para restituyr la tierra á Su Magestad é resistir al tirano Gonçalo Piçarro.

Desde allí envió Çenteno otro mensajero, y escribió al capitan Antonio de Ulloa, que yba á Chile por gobernador de Piçarro, é por cartas é avisos del capitan Alonso de Mendoça se volvió á juntarse con él, como de antes lo avia fecho: é como Antonio de Ulloa vido lo que le escribieron estos capitanes, se volvió é juntó con sessenta hombres á la obediencia real é con Çenteno. É juntos todos, acordaron de se poner en una laguna, que se diçe el *Desaguadero de Payta* en la provincia del Collao, çinquenta leguas de Arequipa é ochenta del Cuzco, donde hicieron haçer coseletes é arcabuçes é otros pertrechos de guerra, de que tenían necesidad. Y estando allí, tuvieron nueva que Gonçalo Piçarro era salido de Lima á desbaratar aquel nublado tan grande que se le avia puesto allá arriba, é por

otra parte avia enviado á Johan de Acosta, su capitan, la vuelta del Cuzco, entendiendo que Çenteno queria passar á juntarse con el presidente. Visto esto por el dicho capitan Johan de Acosta, é que los leales no entendian de passarse al de la Gasca, él se fué á juntar con Piçarro en Arequipa. Y esto se supo por un mensajero de Gonçalo Piçarro, que envió á Çenteno, haciéndole saber cómo él venia con grand pujança, é persuadiéndole que se juntassen ambos á resistir la venida del presidente é á los demás que quisiesse venir: é movióle muchos partidos é grandes, assi por sus cartas como por palabras del mensajero. Al qual trabaxó de ganalle la voluntad é de haçerle amigo, para que volviesse á entrar en su campo, con cartas é palabras para los soldados que allí venian; é respondió á Gonçalo Piçarro conforme á sus cartas é á la calidad del negoçio que entre las manos traia, é tornó á despachar el mesmo mensajero é informóse dél de muchas cosas, como de hombre que le tenia ganada la voluntad. Y él se fué al campo de Gonçalo Piçarro con sus despachos, adonde hizo el fructo que pudo; é acordó Çenteno de tomar la lengua del campo de los enemigos é de haçer alto ó parada allí para que Gonçalo Piçarro por ninguna parte se le pudiesse yr, sin le salir al encuentro, é porque cada dia perdía el tirano de su compañía mediante las cartas é inteligencias que Diego Çenteno metia en el campo del tirano, huyéndole unos é teniendo los otros ruyn voluntad. É visto Gonçalo Piçarro el daño que resçebia, comenzó á caminar la vuelta de los Chalcas con la gente que le avian quedado, que serian más de quinientos hombres, é más de los tresçientos dellos arcabuçeros: é llevaba su gente muy bien recogida, é acordó de no venir por donde Diego Çenteno estaba, é fuésse á la redonda de la laguna é por otro camino diez leguas del

campo de los leales, donde avia novecientos é sessenta hombres, los çiento é sessenta dellos arcabuçeros, é dosçientos é çinquenta de caballo é los demás piqueros.

Paresçiéndole á Çenteno que aquella tierra resçebiria grand daño de aquel tirano, si passasse la vuelta de los Chalcas, adonde podria haçer muchos males á su salvo é turbar la quietud é sosiego de aquellas partes, é que á todos pornia en grandes trabaxos; que la guerra no se podria acabar tan presto si él no quisiesse de su grado dexarla: vista la grand pujança del campo que tenia la voz de Su Magestad, é considerada la justa empresa é por las voluntades é aparejo que en la gente halló Çenteno para salir al camino, mandó pregonar que todos se aparejassen para otro dia.

Como los juicios de Dios son tan grandes é sus fines incomprehensibles de los hombres, dieron lugar á ello; y estando en esta coyuntura le dió súbito una calentura á Diego Çenteno con un dolor de costado tan grande, que de todo punto le derribó para no ser deste capitan ningun provecho; é visto cuánto al serviçio de Dios é de Su Magestad convenia quel tirano no se passasse sin castigo, juntáronse todos los capitanes é platicaron entrellos el negoçio, é viendo quel mal del capitan Çenteno yba cada dia creciendo é faltándole el juicio para mandar é regir aquel exército, é quel les habló é declaró su enfermedad, diçiéndoles como á hombres que comunicaban todo el campo é las voluntades de todos, é lo que al serviçio de Su Magestad más convenia y al bien de la tierra que lo que liçiesse, é fuesse conformando con la voluntad del maestro de campo Luys de Ribera, buen cavallero é çierto en el serviçio de Sus Magestades é de buen çelo, como convenia; é que si para esto su mal les haçia algun impedimento, que les rogaba que lo echassen

en la laguna é siguiessen su jornada, por que su çelo é intento desde el fundamento deste negoçio nunca fué sino tener delante el serviçio de Dios é de Su Magestad é la paz é quietud de la tierra, por que le paresçia que muriendo en esta demanda, él quedaba con premio de todos sus trabaxos. É desta manera, quedando todos conformes, partió el campo de Su Magestad en la mayor órden que se pudo tener, é acordaron de llevarle en unas andas, como á hombre muerto, é al seteno dia de su enfermedad alojóse algo el dolor; y estando ordenando su testamento, vinieron nuestros corredores dando alarma, é decian que avian visto venir á los enemigos, é salian los nuestros al encuentro en un llano donde los otros tenian puestos sus esquadrones en órden. É los leales hicieron lo mesmo, y estando quassi á vista los unos de los otros, llevaron á Çenteno en unas andas á ver la gente, é aunque flaco y esforçándose todo lo que en él fué, habló á todos lo que en tal caso é coyuntura convenia, acordándoles su lealtad é la honra de España, é que, como valerosos milites, obrasen en esta jornada lo que debian á Dios é á su Rey é á sus proprias vidas é honras, llevando en sus bocas é coraçones la voz de Dios é de Çéssar.

Á hora de medio dia, jueves veynte de octubre de mill é quinientos é quarenta y siete años, movieron los esquadrones unos contra otros, é aunque la gente leal era más que la del tirano, estaba la fuerza desta determinacion en la mayor cantidad del arcabuçeria, y esta teníanla de su parte los desleales. É assi fué tanta la priessa que se dieron á derribar gente, que en los primeros cayeron seys capitanes de la infanteria nuestra é avanguarda, que fueron Françisco Negral, Diego Pantoja, Johan de Vargas, Françisco de Retamoso, Diego Lopez é otros. É viendo la gente que les faltaban los caudillos

y el mucho estrago que en ellos hacían, volvieron las espaldas, sin hacer resistencia ninguna. La gente de caballo nuestra, como vido que la infantería lo passaba mal, rompió con el escuadrón de caballo de los enemigos con muy gentil ánimo, é tal recabdo se dieron, que en poco espacio no tenían caballos con quien pelear: que los más estaban muertos ó rendidos, excepto algunos que se avian retirado al abrigo de su infantería. Viendo la gente de caballo que les avian faltado los caudillos é toda la infantería, y entrellos el maestro de campo y Pedro de los Ríos, un caballero de Córdoba, que era capitán de gente de caballo, y el alférez Diego Álvarez, aunque la victoria de los de caballo estaba por los nuestros, quando quisieron acometer á la infantería no fueron parte, porque los arcabuceros les hacían muy grand daño por las fuerças de las picas que los mamparaban. É desta suerte les fué necesario yrse retirando hácia el real de los que tenían la voz de Su Magestad, que estarían un quarto de legua de donde se dió la batalla, pensando que allí oviera gente de infantería para tornar á rehaçerse é dar en los enemigos: é como todos avian huydo á más andar, convínoles para salvarse hacer ellos lo mesmo, é no pararon hasta el campo de Su Magestad. Murieron, demás de los capitanes ya dichos, doscientos hombres, sin otros cinquenta que se sabe que mataron á cuchillo, é de los enemigos se sabe que murieron çient hombres, sin los que ovo heridos.

Esta relación es del mesmo Diego Çenteno, el qual dize que vista su desdicha é mala fortuna, y que no avia remedio alguno para el cuerpo, encomendando á Dios el ánima, dixo á unos criados suyos que le sacassen á morir fuera de los enemigos; y ellos lo pusieron sobre un caballo lo mejor que pudieron, é con la poca fuerça de gente de caballo que de los enemigos

avia quedado, fué causa que no siguiessen alcance ninguno ni pudiessen hacer más de recoger su gente herida. É assi, con assaz trabaxo salido Çenteno, desde á quatro dias se escondió, y estuvo veynte dias escondido, curándose: é cómo se halló aliviado, tomó el camino para donde estaba el presidente, que serían doscientas leguas de allí; é no fué poca ventura salvarse, por estar ya tomados los caminos. Però con todos los inconvenientes recogió ochenta hombres, porque por otro camino venían más de quatrocientos en busca del presidente é campo de Su Magestad. É assi se fué Çenteno por sus jornadas á juntar en el mesmo ejército real, donde halló al presidente con más de mill é septeientos hombres con la gente que de la batalla ya dicha se avian escapado, é prosiguió adelante; y estaban ya á treynta leguas de los enemigos.

Fué resçebido el capitán Diego Çenteno del presidente, como buen servidor de Su Magestad, donde se ofresçió de trabaxar en la conquista é tomar la parte que le cupiere de los sudores de la milicia, sirviendo á Dios é á Sus Magestades.

Y esta relación es la verdad de lo que á este cavallero toca, é sus servicios fueron mayores que su ventura hasta en el estado presente: é bien paresçe por el discurso de la historia aver seydo é passado como es dicho, porque la relación antes escrita, que como es dicho vino á Valladolid al Sereníssimo Príncipe don Felipe, nuestro señor, é las cartas quel chronista dize que allí vido de capitanes é personas dél conosciadas é de crédito, en muchas cosas concuerdan con esta relación que en Sevilla vino á sus manos en el mes de diçiembre deste presente año de mill é quinientos é quarenta y ocho. Y esto es lo que se sabe de las cosas del Perú; é no dexan en España de

estar admirados todos los que atienden con desseo de saber los subçessos desta guerra, como quier que ella en sí tan desacatada é desleal por parte dessos Piçarros é sus seçaçes. Dios lo trayga todo al fin que más sea su sancto servicio é como Sus Magestades más se sirvan é aquellas tierras é reynos se paçifiquen.

Estando al presente el chronista en Sevilla, atendiendo que abonancen los tiempos para volverse á la cibdad de

Sancto Domingo de la Isla Española con los despachos que de la Çessárea Magestad é del Príncipe, nuestro señor, ha negociado para la buena gobernaçion de aquella tierra, é á cabo de escrebirse é continuarse estas historias, hoy lunes tres dias de diçiembre del año ya dicho; y si antes de su partida se supieren otras cosas, ó despues que en Sancto Domingo sea llegado, ponerse han de aqui adelante.

CAPITULO XV.

Del subçesso é fin destes desleales Gonçalo Piçarro é sus seçaçes, y el fin quel y ellos hicieron por la bondad de Dios é buena ventura del Emperador, nuestro señor, é prudencia del illustre é muy reverendo liçençiado Pedro de la Gasca, é por el leal comedimiento de los cavalleros é gente militar que al presente estaban opressos é tiranizados en la mesma tierra por el tirano Gonçalo Piçarro é sus ministros.

A Sevilla llegó un sábado en la noche, ocho dias de diçiembre de mill é quinientos é quarenta y ocho años, un cavallero llamado Fernand Mexia, veynte é quatro de la mesma cibdad é uno de los cavalleros que se hallaron en la prission é vencimiento del tirano é traydor Gonçalo Piçarro. É despues en el domingo siguiente dió relación de la victoria quel illustre é muy reverendo señor el liçençiado Pedro de la Gasca, teniente general de Sus Magestades, consiguió contra el dicho tirano; é prosiguió su camino para la corte de los Sereníssimos Príncipes Maximiliano é doña Maria, que al presente gobiernan á España por el Sereníssimo Príncipe don Felipe, nuestro señor, que pocos dias avia era passado en Italia é ydo á la corte de su padre el Emperador, nuestro señor, que en essa saçon estaba en Flandes en la villa de Bruselas. É las nuevas queste cavallero Mexia truxo, é por diversas cartas consta, assi del mesmo presidente liçençiado de la Gasca, como de otras muchas personas calificadas é de crédito, son las que aqui se remiten con brevedad, dando primeramente gra-

cias á aquel sin cuya bondad é clemencia ninguna cosa bien se concluye, é loando la prudencia de tan buen gobernador é capitán general como este valeroso liçençiado de la Gasca se ha mostrado en estos negocios tan enconados é tan perdidos é desatinados, tan ensoberbesçidos en tanta diversidad de lenguas é naciones é meçclas de gentes roteras é sueltas por el mundo de hombres de la mar é de la tierra, capaçes para tantos é tales trabaxos é desaventuras como las proprias personas lo han contado. Y en la verdad como ha dias quel auctor destas historias siente esta falta é meçcla de gente, en diversas partes ha apuntado la ponçoña disimulada que en esta guerra, más que çivil é no menos infernal, ha andado de diversas generaçiones, colmada de levantiscos é griegos. É si querés ver, letor, qué gente es aquesta, mirad cómo han defendido su generaçion á los infieles turcos; mirad qué tanto tiempo há que le obedesçen al grand turco é le son súbditos; é por ahí verés qué han aprendido de los infieles, é qué amistad tienen con los cathólicos, é qué se puede pegar